LS
A3217su

Alarçon, Pedro Antonio de

El suspiro del Moro.

EL
SUSPIRO DEL MORO,

CANTO ÉPICO

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON,

premiado con la MEDALLA DE ORO,
en el Certámen celebrado por el LICEO DE GRANADA,
en 24 de Noviembre de 1867.

GRANADA.
IMPRENTA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,
Impresor de SS. MM.,
1867.

a 1034

EL SUSPIRO DEL MORO.

LS
A3217SU

EL SUSPIRO DEL MORO,

CANTO ÉPICO

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON,

premiado con la MEDALLA DE ORO,
en el Certámen celebrado por el LICEO DE GRANADA,
en 24 de Noviembre de 1867.

GRANADA.
IMPRENTA DE D. F. VENTURA Y SABATEL,
Impresor de SS. MM.,
1867.

417628
17.11.43

DICTÁMEN

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE GERONA,

PRESIDENTE DEL JURADO DE LITERATURA,

consignado en una carta dirigida al Sr. D. Aureliano Ruiz,

Secretario del mismo.

. . . . . .

. . . «Sería para mi un motivo de satisfaccion especial el volver á dirigir hoy mi voz al Liceo, como lo hice en 1850, al inaugurarse estos Juegos florales, glorioso palenque de donde han salido ya coronados muchos atletas, que son actualmente prez y ornato de las letras españolas.

No parecen en verdad inferiores á los que les precedieron (y cuenta que entre estos veo á Fernandez y Gonzalez, á Salvador de Salvador, á García y otros del mismo crédito) los dos poetas premiados hoy, y, relativamente, el que ha obtenido la distincion de una mencion honorífica.

Me gusta elogiar cuando la persona lo merece; y merécenlo mucho, á mi juicio, los señores don Pedro Antonio de Alarcon, premiado con la *Medalla de oro,* don José Oliver García, con el *accésit,* y el desconocido autor de la composicion dramática en un acto, titulada *El Suspiro*, á quien se ha otorgado una especie de tercer premio.

El señor Alarcon ha hecho un canto épico, en mi opinion tan bueno como algunos de los premiados por la Real Academia. Hay en él mucho de la correccion y templanza clásicas del famoso á *Las Naves de Cortés*, y además gran inspiracion y entusiasmo. Desde la primera

octava se adivina ya que es un verdadero poeta el que preludia así en su harpa de oro:

«No la grandeza del empeño santo
que eternizó en Granada la memoria
de la ínclita Isabel: el duelo canto
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto
vertió á la postre de su infanda historia:
¡llanto inmortal que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!»

Soberbia es tambien la descripcion de la Sultana Aixa al trasponer con su hijo la cuesta del Suspiro. La severa, la imponente figura de la varonil madre del rey *desventuradillo*, está valientemente dibujada en las siguientes octavas:

«Torvo el aspecto de su faz sombría,
parda la tez y la cabeza cana,
tras ellos impertérrita venia
una lujosa, gigantesca anciana:
su viril ademan y la energía
de su mirada fiera y soberana
descubrian en ella á la matrona
digna del cetro y la imperial corona.

. . . . . .

Pero al ver la sultana el triste llanto
del rey, que entre suspiros repetia:
«*Allah-Akbar!*»... tan íntimo quebranto,
lejos de conmover su faz sombría,
inflamóla de un fuego que dió espanto;
y, mujer insensible, madre impía,
cuanto patricia indómita y severa,
dijo al débil Boabdil de esta manera:

«*¡Llora como mujer, desventurado,*
la pérdida del reino que has debido
cual hombre defender... ¡llora, menguado!»
Y con brusco desden mal comprimido,
(¡tal vez con hondo amor desesperado!)
apartóse del príncipe afligido,
y mirando colérica á Granada,
huyó vencida, pero no domada.»

La accion épica cierra magníficamente con esta rotundísima octava, que es al propio tiempo epílogo y epifonema, segun decian los antiguos preceptistas:

«Pronto, como blanquísima paloma,
mirábase á lo lejos de la Sierra
á un jinete salvar la última loma...
—Era el triste fantasma de la guerra:
era el poder inícuo de Mahoma
que abandonaba la española tierra...
¡Era Boabdil, herido por el rayo
que allá en Asturias fulminó Pelayo!»

. . . . . .

EL MARQUÉS DE GERONA.

DISCURSO

DEL

SR. D. NICOLÁS DE PASO Y DELGADO,

INDIVIDUO DEL MISMO JURADO,

y presidente de la Seccion de Ciencias y Literatura del Liceo.

. . . . . .

«¿Qué podré yo, señores, añadir á este tan acabado juicio crítico, escrito con la *difícil facilidad*, que es ex-

clusivo patrimonio de los grandes pensadores y de los verdaderos literatos? En el estilo familiar de una carta (que no sin repugnancia ha permitido su autor que se inserte en este discurso, porque seguramente no la destinaba á la publicidad), se hacen, como habeis oido, las mas doctas y atinadas apreciaciones y los elogios de mas valía, que serán indudablemente como un segundo premio para los poetas vencedores en este noble Certámen. Sírvales de recompensa, y présteles nuevo aliento el concienzudo y autorizado voto del Excmo. Sr. Marqués de Gerona: reciban de mi parte un cariñoso parabien por las medallas que con justicia han obtenido, y no menos por la satisfactoria aprobacion del ilustre Presidente del Jurado, á la que nos unimos todos los que le hemos compuesto.

Mas, porque no se crea que al insertar aquella carta (de carácter confidencial y amistoso) en este discurso oficial, declino la honra de consagrar algunas líneas en alabanza de los señores Alarcon, Oliver y el incógnito autor del ensayo dramático, diré por mi cuenta y como intérprete fiel de los sentimientos de la Junta de Gobierno de esta Sociedad, que á las bellezas que ha notado, con el acierto que acostumbra, el señor Marqués en las tres composiciones premiadas, pueden añadirse otras innumerables que abundan en ellas; y, poco menos que á la ventura, voy á indicar algunas que os recomiendo especialmente, y que no dudo merecerán vuestros aplausos.

En el canto épico del señor Alarcon hay cuatro octavas, justamente las últimas, que á mi entender contienen las mejores figuras de todo él, y condensan su pensamiento moral. Oidlas:

«Otro dia... del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Ganada, al cabo, la africana orilla,

vióse á un moro gentil, entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...
¡Era Boabdil, á quien su negro sino
negó una tumba en suelo granadino!

Un dia, en fin... que el marroquí tirano
luchaba por salvar su poderio
contra los dos Jarifes,—un anciano
lidió por él con temerario brio
hasta que, herido y sin aliento humano,
se hundió en las olas de opulento rio...
¡Era Boabdil, á quien su suerte dura
le negaba en la tierra sepultura!

¡Así cumplióse lo que *escrito estaba*...
pero escrito por Dios, que al hombre dijo:
«HONRARÁS Á TU PADRE!»—¡Así acababa
el príncipe rebelde, ingrato hijo,
á quien su padre ciego, que espiraba,
una vez y otra vez feroz maldijo!...
¡Y así fué llanto y exterminio y luto
de la traicion de Don Julian el fruto!

¡Huyó de España para siempre el moro!...
¡Bendigamos á Dios!—«*Él es el fuerte:*
Él solo es vencedor: Él es tesoro
de vida y de salud: Él da la muerte.»—
Así, con letras de carmin y oro,
cuando propicia contempló la suerte,
lo consignó en la Alhambra el mahometano...
—¡DIOS SOLO ES VENCEDOR! dice el cristiano.»

Difícil es, señores, acumular mas bellezas y de mejor ley que las reunidas por el señor Alarcon en estas octa-

vas, digno término y remate de su magnífico Canto, galardonado con la *Medalla de oro* en este grande torneo del talento y la inspiracion.»

. . . . . .

NICOLÁS DE PASO Y DELGADO.

Á MI HIJA.

EL SUSPIRO DEL MORO.

Dominus solus dux ejus fuit.
(Deut. — c. 32 — v. 12.)

Y el Santo de Israel abrió su mano,
y los dejó, y cayó en despeñadero
el carro y el caballo y caballero.
(Herrera.)

No la grandeza del empeño santo
que eternizó en Granada la memoria
de la ínclita Isabel: el duelo canto
del Rey sin trono, sin hogar ni gloria,
que, en vez de sangre, vergonzoso llanto
vertió á la postre de su infanda historia:
¡llanto inmortal que los anales cierra
de siete siglos de implacable guerra!

Madre Afligida del Amor cristiano:
sé Tú la Musa que mi canto inspire,
para que enfrente del procaz pagano
ni los de Dios ni mis agravios mire.
Está vencido, llora, y es mi hermano...
¡haz que á su vez mi corazon suspire
cuando él dirija su postrer mirada
de eterno adios á la gentil Granada!

Y tú que, errante, la infinita arena
de los desiertos cruzas, los tesoros
sin olvidar de esta region amena:
¡triste progenie de los reyes moros!
deja que tu apenada cantilena
salve del mar los ámbitos sonoros,
y preste al eco de la guzla mia
su vago son y lánguida armonía.

Eran los dias de feliz memoria
en que la Cruz, venciendo á la fortuna,
tras luenga noche de eternal historia,
miró en su ocaso á la menguada Luna:
primeros dias en que el sol de gloria
que un tiempo tuvo en Covadonga cuna,
libre veia el territorio hispano
bajo el bendito pabellon cristiano.

Una garrida, valerosa dama,
noble matrona, celestial princesa,
ganando eterna bendicion y fama,
cumplido habia la sagrada empresa:
¡Reina inmortal, que aun reverente aclama
el pueblo fiel que su sepulcro besa!...
¡fuerte heroina, cuyo nombre santo
aun oye el moro con terror y espanto!

Ella fué, sí, la que, animosa y pia,
su Fe inculcó y su aliento á la cruzada:
ella quien supo la prudencia fria
de Fernando trocar en furia armada:
y ella tras su bridon llevado habia
ante los muros de la infiel Granada
aquella flor de ilustres campeones
que al grito de «Isabel» fueron leones.

Y las altas empresas de Cisneros,
de Pulgar las magníficas hazañas,
del gran Gonzalo los arranques fieros,
de Tendilla y de Cabra las campañas,
y los hechos de tantos caballeros,
gloria de Cristo, prez de las Españas,
justas fueron de amor, fiestas galantes
que en su obsequio inventaban los Gigantes.

Dado me fuera aliento para tanto,
y aquí cantara la mortal refriega
que una vez y otra vez sembró el espanto
en la ciudad sitiada y la ancha vega:
pero ni el cerco ni las lides canto
que precedieron á la humilde entrega,
ni la lucha civil encarnizada
que franqueó las puertas de Granada.

Absorto ante ese cuadro de grandeza,
el son apago de mi plectro rudo;
descubro reverente mi cabeza,
y admiro y tiemblo con respeto mudo:
triunfante en la morisca fortaleza
la santa Cruz del Redentor saludo,
y, de piedad y compasion movido,
sigo los pasos de Boabdil vencido.

Principiaba una fúlgida mañana,
de esas que alegran el adusto invierno
cual bellas hijas que en edad temprana
la hiel endulzan del dolor paterno:
del monte excelso la cabeza cana
reflejaba del sol el rayo eterno,
y en la atmósfera azul, diáfana y pura
destacaba la nieve su blancura.

Por los barrancos de la ingente Sierra
mil arroyuelos nítidos corrian,
buscando el llano, en cuya arada tierra
su caudal fecundante repartian:
tranquilos ya, tras la finada guerra,
los labradores á su afan volvian,
y en medio de los densos olivares
humeaban los rústicos hogares.

Tambien las aves á sus dulces nidos
y á la paz que perdieron retornaban;
los rebaños, ayer despavoridos,
otra vez por las cumbres asomaban;
y cantos y rumores y balidos
el aire placidísimo poblaban,
cual si el pasado sanguinoso empeño
hubiera sido imaginario ensueño.

Esa mañana refulgente y grata,
mientras el sol del aterido Enero
rizados hilos de escarchada plata
trocaba en perlas con su ardor primero,
de moros una espesa cabalgata,
que el blanco lino y el bruñido acero
igualaban á un bando de palomas,
subia del Padul las mansas lomas.

Aquel cortejo, triste y misterioso
de noche á Santafé dejado habia,
y cruzado la vega silencioso
antes que el alba despertase al dia;
pero al salvar el punto montuoso
á que llegaba cuando el sol salia,
los moros sus corceles refrenaron
y atrás la vista con afan tornaron.

Iba al frente de aquella comitiva
un jóven de gallarda gentileza,
cuyo boato y majestad esquiva
indicios daban de imperial grandeza:
su noble palidez, su frente altiva,
sus negros ojos de oriental belleza,
sus blancas tocas y su barba oscura
completaban su clásica figura.

Siempre á su lado, como fiel esposa,
fijos en él los hechiceros ojos,
cabalgaba una jóven tan hermosa
que á la cándida luna diera enojos:
de su semblante angelical la rosa
y de sus labios los claveles rojos
trocado habia pertinaz la pena
en lirio mústio y pálida azucena.

Junto á ella, blanco cual nevado armiño;
hermoso, aunque tristísimo y doliente;
único bien del paternal cariño;
severo ya como leon naciente,
sobre negro corcel marchaba un niño,
no llegado á la edad adolescente,
pero que ya maldijo su hado insano,
cautivo y solo en el Rëal cristiano.

Torvo el aspecto de su faz sombría,
parda la tez y la cabeza cana,
tras ellos impertérrita venia
una lujosa, gigantesca anciana:
su viril ademan y la energía
de su mirada fiera y soberana
descubrian en ella á la matrona
digna del cetro y la imperial corona.

Dos príncipes, que el pálido semblante
en su idéntico rostro reflejaban
del moro esquivo que subió delante,
á la austera mujer acompañaban;
y, en fin, tras estos, en tropel brillante,
hasta cien caballeros galopaban,
entre los cuales víanse mezclados
palaciegos, visires y criados.

Desde el lugar en que parado habian,
á la vez abarcaba la mirada
los rudos montes en que entrar debian
y la extendida vega matizada.
¡Un paso más... y nunca ya verian
el mágico horizonte de Granada!
¡Un paso más... y de su vista ansiosa
desparecia la Ciudad hermosa!

El moro mas altivo y arrogante
se apartó de la inquieta muchedumbre,
y silencioso, tétrico, anhelante,
quedó como clavado en la alta cumbre.
La horrible contraccion de su semblante
retrataba su negra pesadumbre;
pero en su seno, comprimido el llanto,
negaba alivio á su mortal quebranto.

Fijos los ojos, cual queriendo en ellos
dejar grabados y por siempre vivos
de aquel paisaje los matices bellos;
mudo, inmóvil, alzado en los estribos,
el infeliz, del sol á los destellos,
vió pasar los instantes fugitivos
sin poder separar la vista un punto
de aquel sublime, sin igual conjunto.

¿Quién era? ¿Iba á morir? ¿Por qué tal duelo?
¿Por qué á su alrededor no resonaba
ni una voz de esperanza ó de consuelo?
¿Por qué su esposa con rubor echaba
sobre la casta faz el blanco velo?
¿Quién era el triste que tan solo estaba?
¿Qué maldicion cayó sobre aquel hombre?
¿Cuál era su infortunio? ¿cuál su nombre?

¡Era Boabdil!...¡Boabdil, el fruto airado
de Muley desdeñoso y de Aixa fiera;
el hijo por la madre aleccionado
contra su padre y rey á alzar bandera;
el ambicioso vil y desalmado,
ladron del solio á cuyo pié naciera,
que al eco horrible del paterno grito
fué por su raza y por su Dios maldito!

¡Era Boabdil, cuya ominosa estrella
costó á sus padres sempiterno lloro,
rompió el encanto de la Alhambra bella
y el fin atrajo del imperio moro!...
¡Mísero Rey, tras cuya infausta huella
se hundió la tierra siempre, y llanto y oro
y sangre y honras devoró el abismo,
hasta que al cabo sumergióse él mismo!

¡Era Boabdil, que con indigna mano
dado las llaves de la Alhambra habia,
y su trono y su pueblo al rey cristiano!...
¡Era Boabdil, que desde allí veia
tremolar en la Vela al castellano
la Santa Cruz del Hijo de María!...
¡Era Boabdil, que la postrer mirada
dirigia por siempre á su Granada!!

Érase la Ciudad cuyas rüinas,
festoneadas de perpétuas rosas,
aun alegran las aguas cristalinas
que en sus cármenes entran bulliciosas:
la Ciudad que las fieles golondrinas,
como en tiempo mejor, buscan ansiosas,
pidiendo á los palacios derruidos
grata quietud para sus caros nidos.

Érase la Ciudad que despoblada
hoy parece tal vez al que la mira
de yerba y rotos mármoles sembrada,
como Pæsthum, Itálica ó Palmira:
la Ciudad que, entre flores sepultada,
aun al viajero admiracion inspira,
mientras sus muros de labrada piedra
disputa el tiempo á la viciosa yedra.

¡Era Granada... rica y prepotente,
tal como fué... cuando Granada era!
Llamábanla *Damasco de Occidente*,
de la grey de Ismael *Roma* altanera,
de sus sabios *Atenas* floreciente,
de las artes lujosa primavera,
hija del Cielo, patria de las flores,
eden de la hermosura y los amores.

Boabdil la contemplaba adormecida
en los cárdenos montes del Oriente,
de un alquicel blanquísimo vestida,
y de bermejas torres la alta frente,
cual de corona señorial, ceñida...
¡Allá quedaba lánguida, indolente,
adúltera sultana, infiel esposa,
mostrando al vencedor su risa hermosa...!

Y allá quedaban los amantes rios
que plata y oro le tributan fieles;
el Dauro con sus cármenes umbríos
y el Genil con sus cálidos verjeles:
del Albaicin los blancos caseríos,
la Antequeruela oculta entre laureles,
de la Alcazaba el recio baluarte,
y la Alhambra gentil, gloria del arte!

¡La Alhambra! ¡régio eden, huerto florido,
soñado alcázar, que su planta moja
del hondo Dauro en el raudal temido,
y cuyas torres de argamasa roja
de las copas del bosque entretejido
salir se ven entre la verde hoja
y luego alzarse á la region del viento
como ideal, aéreo monumento!...

¡Oh! ¡con cuánto pesar, con cuánta pena
Boabdil aquel recinto miraria
donde su infancia trascurrió serena
y entró aclamado, victorioso un dia!
Entonces ¡ay! desde su fuerte almena
reinaba en la mitad de Andalucía...
Yá... solo le ofrecia el hado cierto
un caballo... y la arena del desierto.

Luego miró la anchísima llanura...
tapiz que bordan con vistosas tintas
ora la huertas de eternal verdura,
ora las blancas y graciosas quintas,
ya de extenso olivar la mancha oscura,
ya de las aguas las fulgentes cintas,
aquí las torres de apiñada aldea,
allí el camino que tenaz serpea...

¡Cuadro grandioso, que mostraba unidos
de tierra y cielo todos los favores!...
—nieves eternas, árboles floridos,
verdes campiñas, nubes de colores,
un aire que arrobaba los sentidos,
un firmamento azul y un sol de amores...—
¡cuadro cuya magnífica hermosura
de Boabdil puso el colmo á la amargura!

¡Triste Boabdil! Su miserable estrella
¿por qué en Lucena le negó la muerte?
¡No viera entonces tras su infame huella
marchar, ligados á su aciaga suerte,
á un tierno hijo, á su Moraima bella,
á Aixa, la madre valerosa y fuerte,
y á dos nobles hermanos, que su yerro
al ocio condenaba y al destierro!

¡Triste Boabdil! ¡Cuanto á sus pies veia
fué suyo, fué su vida, fué su encanto...
¡y nunca más á verlo tornaria!...
¡Nunca más!!!—Al pensarlo, fué ya tanto
su dolor, y tan fiera su agonía,
que de sus ojos desbordóse el llanto,
y, con acento fúnebre y rugiente,
lanzó un suspiro que aterró á su gente...

¡Suspiro amargo, lúgubre, espantoso,
que aun en Granada tétrico resuena,
turbando de los siglos el reposo
y de la muerte la quietud serena!
¡Y repítelo el viento caluroso
que raudo agita la africana arena!...
¡Y sonará implacable, tremebundo,
mientras se acuerde de la Alhambra el mundo!

Aixa, entretanto, la sublime altura
de *Mulhacen* miraba con recelo...
—(Allí... al amparo de la nieve pura,
en la sagrada vecindad del cielo,
yacia en misteriosa sepultura
Muley, su esposo, presenciando el duelo
de la airada consorte y del mal hijo
á quienes fiero al espirar maldijo!)—

Pero al ver la sultana el triste llanto
del rey, que entre suspiros repetia:
«*¡Allah-Akbar!*...» tan íntimo quebranto,
lejos de conmover su faz sombría,
inflamóla de un fuego que dió espanto,
y, mujer insensible, madre impía,
cuanto patricia indómita y severa,
dijo al débil Boabdil de esta manera:

«*¡Llora como mujer, desventurado,*
la pérdida del reino que has debido
cual hombre defender... ¡Llora, menguado!»
Y con brusco desden mal comprimido,
(¡tal vez con hondo amor desesperado!)
apartóse del príncipe afligido,
y, mirando colérica á Granada,
huyó vencida, pero no domada.

Como el reo de muerte que á la vida
y al sol y al cielo con afan profundo
da el adios de suprema despedida...
así Boabdil, lanzado de aquel mundo
en que dejaba su ilusion querida,
«*¡Adios!!...*» dijo con aye moribundo,
é inclinando la frente sobre el pecho,
huyó tambien, en lágrimas deshecho...

Y, tras él, en confuso torbellino
partieron todos; y del sol la lumbre
vió, de polvo entre un ancho remolino,
desbocada correr de cumbre en cumbre,
huyendo de su lóbrego destino,
á aquella fastuosa muchedumbre,
á quien la desventura daba en arras
un rincon en las ágrias Alpujarras.

Pronto, como blanquísima paloma,
mirábase á lo lejos, de la Sierra
á un jinete salvar la última loma...
Era el triste fantasma de la guerra...
Era el poder inícuo de Mahoma
que abandonaba la española tierra...
¡Era Boabdil, herido por el rayo
que allá en Asturias fulminó Pelayo!

Otro dia... del mar sobre la espuma,
sola cruzó desde Adra hasta Melilla
rápida nave cual ligera pluma.
Ganada, al cabo, la africana orilla,
vióse á un moro gentil, entre la bruma,
doblar, al pisar tierra, la rodilla...
¡Era Boabdil, á quien su negro sino
negó una tumba en suelo granadino.

Un dia, en fin, que el marroquí tirano
luchaba por salvar su poderío
contra los dos Jarifes,—un anciano
luchó por él con temerario brio,
hasta que, herido y sin aliento humano,
se hundió en las olas de opulento rio...
¡Era Boabdil, á quien su suerte dura
le negaba en la tierra sepultura!

¡Así cumplióse lo que *escrito estaba*...
pero escrito por Dios, que al hombre dijo:
«HONRARÁS Á TU PADRE.»—Así acababa
el príncipe rebelde, ingrato hijo,
á quien su padre ciego, que espiraba,
una vez y otra vez feroz maldijo...
¡Y así fué llanto y exterminio y luto
de la traicion de Don Julian el fruto!

¡Huyó de España para siempre el moro!...
¡Bendigamos á Dios!—«*Él es el fuerte:*
Él solo es vencedor: Él es tesoro
de vida y de salud: Él da la muerte.»
Así, con letras de carmin y oro,
cuando propicia contempló la suerte,
lo consignó en la Alhambra el mahometano...
—¡DIOS SOLO ES VENCEDOR! dice el cristiano.

Véndese en Granada, Librería de Sabatel,
y en Madrid, Librerías de Durau, Gaspar y Roig,
Bailly-Balliere, y Villaverde.

Al precio de 6 reales.

LS
A3217su

417628

Alarcon, Pedro Antonio de
El suspiro del Moro.

DATE.	NAME OF BORROWER.
Nov. 19/43	Binding Dept. (J.R.)

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET